

## PABLO GANA UNA BATALLA

*Alicia Giralt*

**N**o está siendo un buen año.

—Hay que conocer a los abuelos. —Me dice mi madre.— Te quieren mucho, pero tienes que entender que llevan muchos años solos, sin niños alrededor. No están acostumbrados.

Estoy harto. No juegues con la pelota. No saltes. No hagas ruido con los coches. No dejes juguetes por el suelo que me voy a matar. ¡Qué se vayan a la porra! A mí me gustaría saber por qué narices hemos tenido que venir a vivir aquí. Si no nos quieren, ¿por qué han insistido tanto en que nos mudemos con ellos?

—Sí que nos quieren —dice mamá— pero es un cambio muy grande y todos hemos de poner algo de nuestra parte.

¡Qué morro! Yo ya pongo. Ahora les toca a ellos.

Ya es bastante malo que tus padres se divorcien. Luego añade que mi madre no podía pagar las facturas, y nos hemos tenido que venir a vivir a Cartagena con los abuelos que para postres son unos gruñones. No está siendo un buen año.

En realidad la abuela no es tan mala. Habla muy poco, pero siempre parece que le acaban de dar un susto. Si yo salto de improviso detrás de ella, se lleva la mano al pecho y dice, “¡Dios mío!”. Pero no se ríe como hace mamá cuando la asusto. Así no es divertido. Mamá la tranquiliza. “Sólo está jugando a espías”. Entonces la abuela sacude la cabeza con todos esos ricitos blancos y dice algo así como “¡ji, ji, tú hermano y tú erais tan callados”. Lo que según mi madre no es verdad, sólo que ella ya no se acuerda.

El abuelo es el que me da más dolores de cabeza. Por Dios, ese hombre tiene cara de palo. Cuando vuelvo de clase y le doy un beso —porque mamá me obliga, claro— actúa como si le hubiera dado un picotazo y sólo dice “hum”. Además está siempre riñéndome.

—Papá, que son niños. —Le dice mi madre.

—Disciplina, necesitan disciplina.

Como si la disciplina fuera una medicina que nos va a meter por el gaznate. Mamá ha puesto varias reglas. Nada de pelotas en casa. Nada de juguetes fuera de nuestro cuarto.

—Un día me caeré y me romperé la cabeza —dice el abuelo.

Yo me lo imagino como en los dibujos animados, resbalando por haber pisado uno de mis coches y saliendo disparado por el aire para caer sobre la espalda con la barriga temblando como un flan. Vale, vale, ya sé que no tiene gracia. Pero Susanita podría venir corriendo con su maletín de médico y administrarle los primeros auxilios.

El día que le declaré la guerra yo estaba dibujando en la mesa del comedor. Cuando vivíamos en la casa verde y hacía un dibujo bonito, mamá lo colgaba en la pared o en la nevera. Los de Susana también estaban colgados, pero eso era para que ella no se sintiera mal porque —todo hay que decirlo— ella aún no dibuja nada bien. Te dice que es un coche, pero no te puedes fiar porque si le vuelves a preguntar diez minutos más tarde resulta que es un elefante en un jardín. El misterio del dibujo mutante, lo llamo yo. Pues bien, yo estaba dibujando y Susana coloreaba uno de sus libros de pintar. Mamá y la abuela también estaban sentadas alrededor de la mesa y charlaban. De pronto, va y entra el abuelo con cara de mal humor, como es normal en él.

—Vaya enredo en esta mesa. Es para comer. Creía que habíamos dicho que los juguetes se quedaban en el cuarto.

Claro, él, que no entiende de nada, no ve la diferencia entre lápices y juguetes.

—No son juguetes. Son lápices —le aclaré yo.

—Vete a pintar a tu cuarto.

—La regla es juguetes en el cuarto y prefiero dibujar aquí con mamá y Susana.

Luego tuve un instante de lucidez

—Se está muy bien en el comedor y tú quieres que estemos a gusto ¿verdad? como en casa.

Pude ver que por sus ojos pasaban todo tipo de palabras que luego se le agolpaban en la garganta para salir, unas buenas y otras no tanto. Se quedó aturullado. Luego miró a mamá, a la abuela y echó los brazos al aire.

—Haz lo que quieras. Pero cuando estés de dibujar, recógelo todo.

Se dio media vuelta y se fue hacia la salita dando zancadas.

—Has ganado la batalla. —Me dijo mamá, que a veces me lee la mente.

Yo ya sabía que el comedor había pasado a ser territorio conquistado, aunque no pudiera dejar los juguetes, lo que era igual porque en todo tratado hay que hacer concesiones. Me pregunté si el abuelo sabía que estábamos en guerra. Tal vez si lo supiera, pero desde luego no conocía la fuerza de su oponente.

En todas las guerras hay un sitio amurallado que es el más difícil de conquistar. Un castillo inexpugnable, una fortaleza en la cima de la montaña. Lo más importante es saber reconocer cuál es, algo mucho más difícil de lo que parece a simple vista. Primero había pensado que era el comedor, pero me había equivocado. Era la salita, una habitación en penumbra al final del pasillo, el parapeto donde el abuelo se retraía entre acciones bélicas. Tiene un balcón, pero siempre está tapado con unos gruesos cortinajes de color granate, verde y gris. Una de las paredes es la biblioteca, cubierta de libros desde el suelo hasta el techo. Delante de la biblioteca hay dos sillones y un sofá, todos de una piel muy gastada marrón oscuro. A cada lado de los sillones y del sofá están las mesitas de madera con las patas muy trabajadas y curvadas que acaban en pezuña de león. Encima de las mesitas las lámparas podrían haber iluminado el cuarto, pero dan una luz más bien triste, amarillenta. Son unas lámparas bien diferentes de las que yo había visto antes. Las dos tienen forma de cuerpo de mujer. Una de las mujeres está bailando con un brazo levantado y en la mano lleva un globo de colores que es lo que da luz, o lo que la daría si tuviera una bombilla más potente. La otra mujer tiene una pantalla en la cabeza como si fuera su sombrero y del ala cuelgan lágrimas de cristal. Bien interesante. También hay otra mesa baja delante del sofá cubierta con más libros, revistas y papeles. En una de las esquinas de la salita hay una mecedora con varios cojines estampados y con flecos dorados. El abuelo y su amigo Pedro se pasan la vida en esa sala hablando y hablando. Son como viejos generales que discuten estrategias bélicas. Yo entro sigilosamente con uno de mis libros y me siento en la mecedora a leer. Cuando me voy, lo dejo allí, como si no me diera cuenta.

—Pablo, te has dejado un libro en la salita. —Me grita el general siempre atento a incursiones enemigas.

Yo me hago el remolón, pero él insiste.

—Pablo, pon tu libro en su sitio.

Desde luego que el hombre tiene perseverancia, todo hay que

admitirlo. Otro menos aguerrido hubiera abandonado.

—Este niño. ¡Pablo, el libro!

O sea, que la táctica de olvidarme el libro no funcionó. Tenía que buscar otra, lo que es mucho más divertido que si triunfas la primera vez, porque entonces quiere decir que la batalla era fácil y no valía la pena. A mí me gusta que sean difíciles, que me ofrezcan un desafío. Pensé en ponerme a pintar en la salita, pero la verdad es que hubiera sido aburrido usar la misma estrategia dos veces. Como no llevo gafas, tampoco me las podía dejar allí, como hace él. No, el secreto estaba en los libros. Un día que él había salido, me puse a cotillear los títulos de los suyos. Por poco me caigo al suelo. Algunos eran los mismos que los míos. Con uno sólo ya me servía, así que al día siguiente fui a mi cuarto y cogí mi copia de *Las aventuras de Tom Sawyer*. Luego lo dejé encima de la mesita de la sala.

No podía fallar, en cuanto llegó el general, notó la intrusión.

—Pablo, ¡Ven a recoger tu libro! —Me llamó desde la salita.

Fui corriendo como un nieto solícito que no quiere molestar. Al entrar en la sala hice como si se me acabara de ocurrir una idea.

—Abuelo, ¿qué te parece si lo pongo con los tuyos?

No le gustó mi idea, no. Me miró con su cara de mal humor.

—No, éstos son mis libros, los de los niños van al cuarto de los niños. ¿No te ha puesto tu madre una estantería?

Yo hice como que no le oía, me acerqué a su biblioteca y saqué uno.

—Anda, abuelo, si tú tienes el mismo. ¿Increíble, no?

A él le picó la curiosidad.

—Déjame ver, déjame ver.

Yo no le dejé ver al principio para que estuviera aún más intrigado. Puse mi libro en el estante al lado del suyo.

—Mira qué bien quedan. Mi libro, tu libro. Dos versiones. El tuyo con tapa de piel, el mío de cartón con dibujos. ¡Qué chulos!

Sentí el sabor del triunfo en los labios. Qué dulce era, como un caramelo de fresa que se derretía sobre mi lengua. El abuelo tocó mi libro, luego sacó el suyo con cuidado y lo acarició.

—Pues sí que tiene gracia, sí.

—¿A qué quedan bien juntos?

—Puede que sí, puede que sí.

Nos sentamos los dos en el sofá, uno cerca del otro. No sé él, pero yo me había olvidado de mi guerra territorial y sólo quería que habláramos.

—¿Qué parte te gustó más? —Le pregunté al general.

—Uy, hace tanto tiempo que lo he leído. Pero, espera, sí, cuando están en la cueva del indio.

—A mí también —y no era mentira. —¿Y te gustaba cuando navegaban por el Mississippi?

—Y tanto. Me parecía que iba con ellos como un polizón.

Me reí porque a mí me había pasado lo mismo. Nos quedamos charlando un buen rato. La verdad es que era la primera vez que hablamos. Quiero decir, claro que él había dicho, “recoge tus juguetes”, “no chilles”, y cosas así, pero aparte de contestarle, “vale, ahora voy”, no es que hubiéramos tenido una conversación. Ese día charlamos de amigos comunes, Tom, Huck, Betty, y de nuestras aventuras con ellos. Y mi libro, y todos los demás que tenía en mi cuarto, se trasladaron a la salita.

No estaba siendo un buen año. La edad dorada. Así es como los compañeros de la empresa hablaban de los jubilados. ¡Vaya broma!

La vida es muy complicada y es en casa donde los hijos deben aprender a enfrentarse a los problemas que seguro van a venir. El mimarlos y hacerles las cosas fáciles sólo va a traer disgustos en el futuro. Intento que Teresa, mi hija, lo entienda, pero ella no comparte mis ideas.

—Son muy pequeños, papá. Y además están pasando por una época bien difícil.

Excusas. Me duele decirlo, pero mis nietos están muy malcriados. Necesitan disciplina. Su padre no servía para nada, y menos para educar hijos. Se lo dije a Teresa muchas veces antes de casarse y algunas más cuando ya lo había hecho. Ella actuaba como si oyera llover. Y ahora los problemas han venido a mi casa. Él ha desaparecido con otra, sin ánimo de pasarle la manutención, y Teresa y sus hijos se han mudado con nosotros. ¡La edad dorada! Después de luchar toda la vida, no estaría mal que los últimos años estuvieran llenos de paz. Aquí no hay quien descansa con tanto ruido, gritos y carreras por el pasillo. Además yo necesito orden y sólo encuentro enredos y juguetes por todos lados. El día menos pensado me voy a romper la cabeza cuando me resbale con uno de esos coches que

mi nieto deja por el suelo.

Creo que llevaría la situación mucho mejor si no fuera por Pablo. Ese niño vive para hacerme la vida imposible. Con esos ojos tan penetrantes me mira como si yo fuera su enemigo y quisiera leerme las ideas. Es un desordenado y un desobediente. Le he dicho mil veces que recoja sus cosas después de usarlas, pero ni hablar. Para él no hay nada privado. Invade mi espacio como si la casa entera le perteneciera. No tuve más remedio que hablar con mi hija.

—Papá, parece que no hayas tenido hijos.

Sinceramente, no tenía ni idea a qué se refería.

—Para mí está muy claro que Pablo está intentando conectar contigo.

Pues vaya manera más rara que tenía de mostrarlo. Yo creía que estaba buscando la manera de volverme loco.

—Así son los niños. —Seguía Teresa.— Imagina que tu padre te abandona y vas a vivir con tu abuelo. Tú eres ahora su modelo de masculinidad. Por supuesto que intenta tener tu atención. Si no lo consigue de una manera, lo intentará de otra, como poniéndote nervioso.

Por mucho que Teresa creyera que Pablo quería establecer una relación conmigo, yo seguía pensando que el chico me tenía manía. Llámame paranoico, pero creo que se inventaba enfrentamientos conmigo, a ver quién era más obstinado. Él quería dejar sus libros en mi sala, pues yo le diría todas las veces que se los llevara. Hasta que un día le vi curioseando los títulos de mi biblioteca. En el momento no le di demasiada importancia. Para variar estaba invadiendo mis cosas. El día siguiente me encontré su libro de Tom Sawyer en mi sala.

—Pablo, ¡Ven a recoger tu libro! —Le llamé desde la salita.

Pablo vino corriendo y cogió su libro de la mesita. Luego con una cara de lo más inocente me preguntó si lo podía poner en mi biblioteca. No me hizo ninguna gracia, me gusta tener mis cosas bien ordenadas, pero lo que el chaval hizo a continuación me sorprendió. Se acercó a mis libros y sacó uno de la estantería.

—Anda, abuelo, si es el mismo que el mío. ¿Increíble, no?

Lo sería si no fuera porque el día anterior le había visto curiosear exactamente ese tomo. Y ahora hacía ver que era la primera vez que lo veía.

“Está muy claro que Pablo está intentando conectar contigo” había dicho mi hija. Y yo no me lo había creído. En aquel momento

sentí en el alma todo el dolor de tener nueve años y perder al padre, el hogar, los amigos. De trasladarse a un nuevo lugar e intentar hacerlo tuyo. Nos sentamos los dos en el sofá, uno cerca del otro y le pasé el brazo por el hombro. Mi querido flaquito de los ojos negros quería hablar conmigo.

—¿Qué parte te gustó más? —Me preguntó.

¡Hacía tantos años que lo había leído! pero las escenas me volvieron frescas a la memoria: Tom camelando a sus amigos para que pintaran la verja, él y Huck asistiendo a su propio funeral.

Esa fue la primera vez que mi nieto y yo hablamos por un periodo de tiempo largo. Si dorado se asocia con el oro y éste con lo máspreciado, tal vez aún tendría la oportunidad de tener una edad dorada, llena de conversaciones con mi nieto. Valía la pena perder una contienda. Le dejé que ganara la batalla de la sala y sus libros se trasladaron a la sala junto a los míos.

*Alicia Giralt*  
Weber State University  
Estados Unidos de América